



## MOVIMIENTO Y ELEVACION DE LOS CONTINENTES.

Sabido es que existen en muchos países densas capas de conchas, lo cual indica que el mar ha cubierto aquellos países durante un tiempo suficiente para que aquellas conchas hayan vivido y muerto en aquel sitio, aglomeradas las unas sobre las otras. Estas capas de conchas son verdaderos cementerios, en los que están depositados los restos de las generaciones que se han sucedido, apoyándose las nuevas en la base formada por sus predecesoras, como se nota claramente en los bancos de ostras.

Es constante creencia que los mares han permanecido algún tiempo sobre nuestro continente; pero el nivel de estas aguas, ¿cómo ha podido bajar de un modo tan considerable? ¿Acaso la masa de las aguas habrá disminuido, como sucede en un estanque que va dejando á descubierto

los bordes? Pero entónces no se puede comprender adónde se retira esa gran cantidad de agua, porque la que se evapora vuelve á caer en la lluvia, y ésta, por abundante que sea, lo más que llega á cubrir la tierra en algunos puntos es medio pié. ¿No se puede pensar también que la masa de las aguas, sin disminuir, haya únicamente cambiado de lugar, como sucede, v. gr., cuando se ladea un vaso con agua? Ésta se inclina á una de las paredes, aumentando su profundidad y dejando descubierto parte del fondo. Esta explicacion parece la más probable, y cuando se examina actualmente la estructura de los continentes, sobre todo en país montañoso, se encuentran muchas pruebas que la apoyan: tales son la diversa inclinacion de las capas que, habiendo estado primitivamente en situacion horizontal, como lo están

los sedimentos que el agua deposita, ahora se hallan inclinadas en diverso sentido; tales son las dislocaciones y grandes quiebras que atestiguan que el suelo ha estado sujeto á movimientos capaces de alterarle.

Para que los continentes se hayan levantado en masa y poco á poco sobre la superficie del mar, han sido precisos muchos siglos. Se puede seguir el movimiento sucesivo, estudiando atentamente el terreno desde el interior del continente hasta la orilla actual del mar, y se reconoce de distancia en distancia los límites de las antiguas costas en que la mar se ha detenido sucesivamente, permanecido algun tiempo, ó donde se ha visto forzada á continuar su marcha hasta los límites que hoy la contienen.

Semejante fenómeno parece bien sorprendente; y en efecto, á primera vista cuesta trabajo imaginar que los tiempos antiguos hayan sido tan diversos del nuestro para que sucediesen tales cosas. Habitar sobre un terreno que no es fijo y que puede á cada instante subir ó bajar, es una idea á la que cuesta trabajo acostumbrarse. Sin embargo, este mismo suelo está animado de un movimiento de rotacion muy rápido alrededor del centro de la tierra sin que lo echemos de ver, y lo mismo sucede con el movimiento de rotacion, todavía más rápido, alrededor del sol. Hay monumentos que prueban de un modo incontestable que alrededor de Nápoles el suelo ha bajado y subido alternativamente. Cerca de Pouzzo-

las se encuentra un templo cuyas columnas están taladradas á siete ú ocho piés de altura por los moluscos que viven á flor de agua, por lo que es preciso que el Mediterráneo haya subido hasta aquel nivel. Verdad es que no se encuentran muchos terrenos como aquel, tan sujetos á alteraciones por la proximidad de los volcanes; pero, en fin, este ejemplo manifiesta de un modo auténtico que el nivel del terreno puede moverse sin que se altere el de la mar. Hay algunas campiñas cubiertas de un limo semejante al del Océano, y aún se distinguen conchas semejantes á las de nuestras costas. En parajes que antiguamente estuvieron ocupados por grandes lagos ó extensiones de agua, se encuentran huesos de castor y aún piraguas de una pieza, como las de los salvajes de América, y que atestiguan cuál era la naturaleza de aquellos parajes, fertilizados hoy por tan buen cultivo.

Pero si nosotros estamos inmóviles y si nuestras fronteras no hacen en el imperio del mar estas conquistas y estas invasiones pacíficas, hay otros países en los que no sucede lo mismo.

El suelo de la Suecia y la Noruega se va elevando continúa é insensiblemente sobre las aguas del Báltico. Como se puede imaginar, esta maniobra natural es sumamente lenta; pero se va continuando en cada hora y en cada minuto, y dentro de cien años no será indudablemente lo que es en el día, así como hoy día no es lo que era en tiempo de los ro-

manos, que la consideraban como un mar muy grande.

Hé aquí lo que establece la verdad de este fenómeno tan singular, que no se podría creer si no estuviese apoyado en pruebas que cada uno puede tocar. En primer lugar, á grandes distancias de la costa y considerable altura, se encuentran conchas tan bien conservadas como las que se recogen en las playas. Esto, en cuanto á la más remota antigüedad, pues en los tiempos históricos existen canciones de los bardos celebrando las proezas de sus antepasados en la pesca, y citan los nombres de los peñascos en que iban á pescar á las focas dormidas; para esto es preciso que sea poca su elevacion sobre el agua, para que las focas puedan subir, bajar y tenderse al sol; pues los peñascos citados en las canciones de los bardos, y cuyos nombres se conservan, están en el dia tan elevados sobre el nivel del mar y rodeados de tales escabrosidades, que es imposible puedan subir á ellos las focas. Resulta que estos peñascos se han ido elevando desde el tiempo en que los antiguos escandinavos navegaban alrededor de ellos para lanzar sus flechas á los animales marinos. En el dia esto es todavía más claro y evidente si se quiere. En Cádiz aún se conservan bajo las aguas restos de edificios y un antiguo templo, y el mar va bajando más cada vez en las

playas de Cartagena. Se han hecho en diversos peñascos señales á flor de agua, y yendo á visitarlos en los siguientes años, se ha observado que cada vez estaban más elevadas sobre el nivel del mar, lo cual parece provenir más de la elevacion del terreno que del descenso de las aguas, pues si fuera esta última la causa, bajaria en todas partes por igual, lo mismo en las costas de Alemania y Dinamarca que en las de Suecia, y esto no es así. En el fondo del Golfo de Bothinia el terreno va quedando en seco á razon de cuatro piés por siglo, y en el mar Báltico, junto á Stokolmo, á razon de un pié, al paso que en las provincias meridionales, al frente de Dinamarca, no es apreciable. De todo esto debe inferirse que para formarse una idea de estos fenómenos no es preciso recurrir á teorías ridículas ó hipótesis fantásticas, sino observar lo que la naturaleza produce hoy dia con apariencias diferentes, aunque en el fondo con causas semejantes. Para explicar de un modo sencillo y verdadero muchos fenómenos, basta comprender que la forma de la tierra, ya tan lejana de un esferoide perfecto, cambia de posicion en algunos puntos, y de aquí los volcanes, las cadenas de montañas y la elevacion y aumento de las islas y continentes.

M. DE LA J.



## LA INOCENCIA.

Es la inocencia una flor  
Purísima y delicada,  
De blancura inmaculada,  
De perfume embriagador.  
Es más bello su esplendor  
Que el que esparce placentera  
La risueña primavera,  
Y es la aureola brillante  
Que circunda al tierno infante  
Cuando ve la luz primera.

Dióle sus tintas la rosa,  
Su grato aroma el jazmin,  
Y de la azucena, en fin,  
Tiene la pureza hermosa.  
¡Joya estimada y graciosa!  
¿Qué valor tiene á tu lado  
Ese oro tan apreciado,  
Si eres tú la emanacion  
Y el más ilustre floron  
Que Dios al niño ha entregado?

Mas ¡ay! tambien es verdad  
Que esa flor bella, exquisita,  
Cae agostada y marchita  
Con suma facilidad.  
Basta con que la maldad  
La inficione con su aliento,  
Pues desde el mismo momento  
Su hermosura y perfecciones  
Se tornan en aficciones,  
Y en llanto todo contento.

Por esto has de procurar,  
Inocente y tierno niño,  
Tratarla con gran cariño  
Si la quieres conservar;  
Que es fuente de bienestar,  
De paz, de dicha y consuelo;  
Pide á Dios, pues, con anhelo  
Que con ella orne tu frente,  
Y que te acoja clemente  
Cuando abandones el suelo.

VICENTE RIVAS.



## A CERVANTES,

EN EL ANIVERSARIO DE SU NATALICIO.

Nombre augusto de Cervantes,  
 Cuyo brillo el tiempo aumenta,  
 Cual la sombra se agiganta  
 A medida que se aleja,  
 Permite á un modesto bardo,  
 Que se inspira en tu grandeza,  
 Y con los ojos del alma  
 Extático te contempla,  
 Que te ofrezca en este día  
 De su amor sencilla prueba;  
 No una corona de oro,  
 No una corona de perlas,  
 Que aunque así para tus sienas  
 Humildes coronas fueran,  
 Es el trovador muy pobre  
 Para ofrecer tal preseña.  
 Un ramo de siempre-vivas  
 Hoy constituye su ofrenda,  
 Y aunque de escaso valer,  
 Aunque de las más modestas,  
 El símil de su constancia  
 Hallarás, no obstante, en ellas;  
 Y así como aquellas flores  
 Viven lozanas y frescas,  
 Sin miedo á los huracanes  
 Ni al sol que ardoroso seca,  
 Así también en el pecho  
 Guardamos memoria eterna  
 De esos tus actos heróicos,  
 De esas brillantes empresas,  
 Que en las aguas de Lepanto  
 El mundo absorto contempla,  
 Viéndote, noble adalid,  
 En las cristianas galeras  
 Batiendo con ardor santo  
 A las huestes sarracenas;  
 Que en vano la media luna,  
 En sus bajeles enhiesta,  
 Con el lábaro bendito  
 Medir pretende sus fuerzas.  
 Mas si en la lid eres grande,  
 Si eres coloso en la guerra,  
 Aún más coloso apareces  
 En el campo de las letras;  
 Y pues en noble consorcio  
 En tí adunados se encuentran  
 El intrépido guererro,  
 El hablista y el poeta,  
 Pues añadiste con gloria,  
 En tu brillante diadema,  
 A los laureles de Marte  
 Los laureles de Minerva;

Al rendirte este tributo  
 Inútilmente quisiera  
 Olvidar tu *Gitanilla*,  
*La Pastoril Galatea*,  
*Los Trabajos de Persiles*,  
*Cipion, La Española Inglesa*,  
*El Amante liberal*,  
*El Licenciado Vidriera*,  
*Rinconete y Cortadillo*,  
 Y *El Quijote*, obra maestra,  
 Orgullo de nuestra patria,  
 Envidia de las ajenas,  
 Que el mozo la lee riendo,  
 Que solaza á la doncella,  
 En la cual el moralista  
 Rígida moral encuentra,  
 El político consejos,  
 El filósofo sentencias,  
 El alegre lances cómicos,  
 El misántropo tristeza,  
 Dicción galana el hablista,  
 É imágenes el poeta.  
 Obra insigne, de la cual  
 Decirse en razón pudiera  
 Que el primer pueblo del mundo  
 Aun nos llamamos por ella (1).  
 Estridente carcajada,  
 Risa sublime y homérica,  
 Que del orbe por los ámbitos  
 Aun hoy estruendosa rueda,  
 Cual del uno al otro polo  
 Audaz ruge la tormenta;  
 Ariete de tal pujanza,  
 Que ha logrado echar por tierra  
 Los delirios de una edad  
 Que, de extravagancias llena,  
 Confunde el noble ardimiento  
 Con las más locas empresas;  
 Obra que no hay pluma humana  
 Que ensalzar bastante pueda,  
 Ni autor que imitarla ose,  
 Ni libro que la oscurezca,  
 Ni trovador que la cante,  
 Ni mente que la comprenda;  
 Obra que ofrece el ejemplo  
 De la antítesis más bella,  
 Y así como el Hombre-Dios  
 Con su caridad inmensa  
 En un madero de muerte

Así escribió el insigne Ventura de la Vega, hablando de Cervantes.

Nos dió *vida* duradera,  
Cual Dante cantó el *infierno*  
Para alcanzar *gloria* eterna;  
Así tú, escritor insigne,

Aunque por distintas huellas,  
En el *cerebro* de un loco  
Trazaste al *cuervo* la senda.

SAN RAFAEL.

## A UNA NIÑA MUERTA.

Una niña es un ángel, que el cielo  
Nos suele prestar;  
Y por eso la niña sus alas  
Despliega, sonríe,  
Nos besa y se va.

Preguntadle á la niña que muere  
Si quiere tornar;  
Y os dirá que la gloria es su patria,  
Que allí está vestida  
De luz inmortal.

No lloreis á la niña que deja  
Desierto el hogar;  
Que la niña es la flor de los cielos,

Y allí sus hermanos  
Los ángeles van.

Las campanas el viento rasgando  
Con lento compas,  
Os anuncian que el ángel ausente  
Os tiende la mano  
Y os dice «esperad.»

No lloreis á la niña que muere;  
Dejadla volar;  
¡Cuántas penas le quita la muerte,  
Y cuántas venturas  
La muerte le da!

RICARDO GUIJARRO.

## PRODIGIOS DEL OLFATO.

Cuenta Spurzeim que un jóven escocés llamado Jacobo Miguel, nacido en Naim el 11 de Noviembre de 1795, *sordo* y *ciego*, olfateaba á las personas que se aproximaban llevando sus manos á la nariz y aspirando el aire. Su afecto ó su aversion se determinaban por este olor, como en las personas que tienen vista sirve la impresion del rostro.

A los veinte años se servia más del olfato que del tacto para juzgar de los objetos exteriores, que manejaba con extrema celeridad. Era muy diestro en los ejercicios corpo-

rales, y pasaba un ponton de madera colocado sobre un riachuelo, hasta que un dia, para asustarle, mandó su padre que le precipitáran, sacándole al instante. Esta leccion le aprovechó para que no volviese á pasar por el puente, y acordándose de la desagradable impresion que habia experimentado, la empleó una vez como medio de castigo con el chico que le acompañaba de ordinario, al que chapuzó en el agua al pasar una barca, pero sin soltarle, pues no se complacia en hacer daño. Cuando su padre murió tocó su cuerpo, y se re-

tiró con espanto; después hizo lo mismo con otros muertos, sin experimentar emoción.

La caja en que su padre estaba expuesto se hallaba á la entrada, y se vió á Miguel dirigirse hácia aquel lugar aspirando el aire, arrojarse sobre la caja, estrecharla en sus brazos, manifestando en sus facciones la mayor pena, teniendo que separarle por fuerza.

Desde entónces tuvo miedo á morir, y no quería acostarse aunque estuviese enfermo, sobresaltándose cuando calentaban lienzos blancos, sabiendo que los muertos se cubren con ellos.

Miguel era vanidoso, y no quería comer en la cocina. Daba la preferencia á las personas más bien vestidas: conocía sus vestidos por el olfato, y cuando le entregaban unos

nuevos ya no quería usar los viejos, arrojando al río ropas y zapatos para no volvérselos á poner.

Sus padres quisieron ocuparle en hacer cestas de mimbres; pero como esto le fastidiaba arrojó al fuego instrumentos y materiales para impedir que se los presentáran de nuevo.

Miguel gustaba de fumar y de montar á caballo, indicando este último placer colocando el pié sobre sus dos manos en forma de estribo. Reconoció en un camino un caballo que había sido de su madre, se acercó, y asegurándose por el tacto de que era él, hizo seña al jinete de que se bajase. Éste obedeció, y vió con sorpresa que Miguel le condujo á la cuadra, le echó pienso de avena y cerró cuidadosamente la puerta, quedándose con la llave en el bolsillo.

J. M. BALLESTEROS.



## RETRATOS INFANTILES.

### ROSITA.

(Continuacion.)

#### XIII.

Mucho ha impresionado á Rosita la imprevista rotura del muelle real, y ya reconoce lo mal que ha hecho en poner la mano aleve y pecadora

en cosa que no entendía. No lo hará más. Ahora ya no se ocupará más que en cosas que entienda y sean propias de su sexo, como, por ejemplo, las labores que tan perfectamente tiene aprendidas.

Han de saber Vds. que Rosita es una excelente costurera ; ella es quien viste á la apreciable muñeca, que por cierto es una muñeca muy destrozada, y la ropa le dura muy

poco, por lo cual Rosita, como es tan cuidadosa, siempre tiene que estar arreglando los vestidos de aquélla.

Pero ¿qué es esto que hay encima de la butaca? Es el abrigo de cache-



mir de su mamá, una elegantísima y magnífica prenda; pero Rosita recuerda que muchas veces ha oído decir á su mamá que no le gustaban tan largos los abrigos, porque con ellos se va barriendo las calles y se trae á casa el polvo de las aceras. Y

por esto, sin duda, la mamá de Rosita usa pocas veces tan excelente y bonito abrigo.

Si fuera más corto lo usaría siempre.

De modo, que si Rosita se atreve á cortar al abrigo lo que le sobra,

hace un gran favor á su mamá. Y ¿qué más quiere Rosita que complacer á su mamá?

Precisamente tiene Rosita las tijeras en la mano.....

## XIV.

Puesto que tiene Rosita las tijeras en la mano, es la mejor ocasion de servirse de ellas. Y en seguida



corta perfectamente todo lo que le sobra al abrigo, que ya no arrastrará por el suelo ni recogerá el polvo de las aceras.

Rosita es muy resuelta, eso sí. Cuando cree que una cosa debe hacerse al momento la hace, sin per-

der el tiempo en reflexiones inútiles.

Suele no ser conveniente no tener resolucion, pero el aturdimiento, la ligereza ocasionan seguramente mayores males. Me parece que lo que ha hecho Rosita con el abrigo de su mamá ha sido una gran necedad que

ha de costar profundo pesar á su señora madre.

Tiempo es ya de que ésta se res-

tablezca, porque si no deja pronto el lecho, ¿quién sabe adónde llegarán las ligerezas de su preciosa hija?....

(*Se continuará.*)

## LOS TRES LEGADOS.

(*Continuacion.*)

Habíase figurado que su esposo se establecería en una corte más ostentosa si cabe que la que había abandonado, y que en ella desplegaría la misma magnificencia y el mismo boato, de los cuales ella había de participar necesariamente; pero al encontrarse en medio de los campos, entre el silencio de los bosques, con una vida monótona y sencilla, sin ver más que á unos cuantos sirvientes, á las simples ovejas y á las tímidas palomas, sin sociedad, sin corte, sin saraos, sin teatros y sin esa multitud de goces supérfluos que tanto halagan la vanidad de la mujer, la tristeza principió á apoderarse de ella, y el dulce amor de su esposo no fué ya suficiente para llenar su existencia ávida de brillantes emociones.

—Yo te quiero muchísimo, le decía, sé también que tú me correspondeste, pero no es posible que pasemos los días y las noches arrullándonos como las tórtolas, sin pensar en otras distracciones y otros placeres, lícitos también, como lo serían los paseos, los saraos, los teatros, la conversacion con diferentes amigas que yo

podría tener, los deleites de hermosos festines con que obsequiaríamos á nuestra sociedad y la satisfaccion de ver que muchísimas gentes nos contemplaban con envidia.

Octavio quiso desvanecer las engañosas ilusiones de su esposa, y le explicó los grandes sinsabores que el abuso de las riquezas proporciona, el hastío que acarrearán los excesivos placeres, los odios y enemistades que suscita la opulencia, la inquietud de la vida cortesana y los peligros que la rodean. Quiso demostrarle que eran mil veces preferibles el dulce sosiego de los campos, la tranquilidad de una existencia modesta, la compañía de las mansas ovejas y los alegres pajarillos, la mesa frugal y las solitarias excursiones por las márgenes floridas del río.

Hortensia le contestaba sólo con suspiros, y al terminar sus bucólicas peroraciones, le decía únicamente:

—Sin embargo, yo me consideraría más feliz en medio de la corte, donde me he educado, y tendría mayor placer y más orgullo en mostrarme al mundo entero cogida de tu brazo para que los hombres envidiá-

ran tu dicha y las mujeres suspiráran viendo la mía.

Cuando una mujer se encierra en un capricho no hay fuerzas humanas que le hagan variar de pensamiento, y en vano apuró Octavio todos los recursos de su poética oratoria. Hortensia se obstinaba en decir que no había nacido para la vida campestre, y que no comprendía el capricho de su esposo de vivir como las palomas torcaces en la soledad de las selvas.

— Cuando eras soltero, le decía, amabas el lujo, la opulencia y los placeres, y ahora que mi amor aumentaría á tus ojos esas satisfacciones, has renunciado á ellas, yo no sé por qué extraña manía.

— Pues bien, te diré la verdad, le contestó Octavio apelando á una mentira inocente, el motivo de todo es que yo no tengo las riquezas que en otros tiempos, y su brillo, por el que suspiras, no nos es permitido, porque somos pobres.

— Me engañas, dijo Hortensia, ¿qué se hicieron tus riquezas?

— La mayor parte se consumió en las pasadas locuras, el resto me lo arrebató, como sabes, aquel Rey codicioso.

— ¿Cómo pueden haberse agotado? ¿De dónde procedían? ¿Qué misterio vela tu existencia, que ni aún á la que tanto te ama lo quieres descubrir?

En este terreno resbaladizo la desventaja fué ya de Octavio, que no quería revelar su secreto ni aún á su esposa; sus mentirosas evasivas no pudieron ocultarse á la perspicacia

de una mujer, que conoció que su amante esposo le ocultaba un secreto. Le estrechó, le rogó, le hizo embrollarse en mayores confusiones, y por último dió rienda suelta á un raudal de lágrimas, diciendo á Octavio:

— El hombre que oculta un secreto á la mujer que le ha hecho dueño de su alma y su corazón, no puede ser que la ame; es un pérfido y un embustero. ¿Qué secretos tengo yo para tí? Y en cambio, ¿qué secretos me has entregado tú?

Lo que aumentó la confusión de Octavio fué el convencimiento de que su esposa tenía razón y de que le asistía el indisputable derecho de conocer sus más íntimos secretos. Hortensia vió su indecisión, conocía que adquiría ventajas sobre él, y redobló sus lágrimas. En dos días que Octavio luchó con sus dudas, la desconsolada Hortensia no dejó de llorar y de acusar su ingratitud y su perfidia. El agradecido esposo no pudo resistir más; aquella hermosa niña que tanto le amaba, que le había salvado la vida, que todo lo había abandonado por él, tenía sobrado derecho á todo su amor y su confianza. Octavio enjugó las lágrimas de su tierna esposa y le declaró su secreto; mostróle su bolsa mágica, refiriéndole su historia, y á su vista hizo experiencia de la virtud maravillosa de aquel precioso legado de su difunto padre.

Esta prueba de amor consoló á Hortensia; pero dió nuevo pábulo á su ambiciosa vanidad: le rogó que

puesto que contaba con los recursos suficientes para continuar en cualquier ciudad populosa la existencia espléndida que cuando soltero llevaba, abandonára la vida sencilla y monótona del campo, soportable únicamente para los viejos y las personas maltratadas de la fortuna. Octavio se resistió enérgicamente á seguir los consejos de su esposa, á quien enumeró los grandes disgustos, los sinsabores y peligros á que el anhelo de brillar en el gran mundo les exponía.

Hortensia no se dió por convencida: su sed insaciable de fausto y magnificencia se habia aumentado con la seguridad de que podia verla satisfecha y llevarla hasta un extremo fabuloso; soñaba continuamente con soberbios palacios, magníficos trenes, brillantes reuniones y con todo el esplendor de las riquezas: motejaba á Octavio de caprichoso y ridículo por negarse á complacerla, y le acusaba de ingrato y mal intencionado por este empeño de dejarla aburrirse entre la monotonía de aquella existencia humilde.

En vano el enamorado esposo rodeó á Hortensia de mayores comodidades y de un lujo supérfluo para halagar su vanidad; en vano le compró magníficas joyas y costosos trajes y procuró proporcionarle todo género de distracciones: nada satisfacía á la caprichosa Hortensia, y la dulce tranquilidad doméstica se ausentó del hogar de aquel matrimonio ántes tan feliz.

Una tarde llegó á la quinta de los

mal avenidos esposos un jóven gallardo, que se habia extraviado en la caza y á quien una tempestad desecha obligó á buscar albergue donde guarecerse de la lluvia y el granizo. Segun se supo, era un jóven príncipe á quien la casualidad habia llevado á aquellos contornos. Octavio y su esposa le ofrecieron una hospitalidad generosa y le obsequiaron de una manera digna. El Príncipe, que era caprichoso y antojadizo, quedó muy prendado de la belleza de Hortensia, á quien dirigió cuando tuvo ocasion algunas galanterías que no fueron mal acogidas. Esto le animó á probar la virtud de la jóven, y aunque sólo un dia permaneció en la quinta, no abandonó las inmediaciones, y secretamente venía por las noches á rondar aquel dulce albergue.

Consiguió ganar á una criada de Hortensia y hacer que á manos de ésta llegáran algunos billetes amorosos; despues alcanzó una entrevista en el silencio de la noche, y Hortensia desde un balcon escuchó las lisonjas y amorosas protestas del Príncipe, las cartitas y las conversaciones secretas menudearon, y en el corazon de la jóven empezó á infiltrarse el veneno de la seduccion. Como las mujeres nada pueden tener secreto, reveló á su enamorado doncel la existencia del precioso amuleto que Octavio poseia: el seductor quiso persuadirla de que ella no debia permanecer oculta y desconocida en medio de los bosques, sino que era digna de brillar entre el esplendor de la córte, la ofreció llevarla á su palacio y co-

locarla en posición donde excitara la envidia de las más hermosas, y la aconsejó que robase á Octavio sin que éste lo sintiera su bolsillo mágico, y enriquecida con aquel tesoro huyera de la quinta, comprometiéndose él á ponerla en salvo de las persecuciones de su esposo y á hacerla dueña y señora de su corazón y de su corona el día en que llegara á ceñírsela.

Por espacio de algunos días Hortensia vaciló; pero su virtud fué últimamente vencida por su vanidad y por la seducción de un nuevo amor: ofreció al Príncipe huir con él robando á Octavio su bolsillo mágico, y concertaron entre los dos la ocasión y el medio de llevar á cabo su plan.

Merced á un narcótico, cuyo uso ya conocía Hortensia, hizo dormir profundamente á su esposo, á quien se lo administró en el vino al tiempo de cenar una noche: cuando Octavio estuvo bien dormido en su lecho, llegó la joven, registró bien el sitio en que sabía estaba oculto el bolsillo maravilloso, lo halló y se lo guardó en el pecho: corrió luego á un balcón al pie del cual el Príncipe seductor la aguardaba con un caballo, y con la ayuda de las sábanas de la cama se descolgó suavemente. El Príncipe la colocó á la grupa de su caballo, picó espuelas y á galope se alejaron.

En la precipitación de la fuga, Hortensia había tenido un descuido involuntario: había colocado en el balcón una bugía encendida para alumbrar su descenso, y aunque antes de huir los amantes pudieron apa-

garla desde el caballo, no se acordaron de ello. Un ligero vientecillo agitó luego la llama de la bugía, la cual prendió al cortinaje del balcón; desde las cortinas la llama se propagó á los muebles, á las alfombras, al lecho de Hortensia, y por último á toda la habitación, y con pasmosa rapidez á toda la quinta. El horrible esplendor y el chasquido de las llamas despertaron á todos los habitantes de la quinta, que atolondrados se levantaron dando gritos al verse envueltos por el elemento destructor. Despertó también Octavio, á pesar del narcótico, y pronto conoció la extensión de su desgracia encontrándose sin su bolsillo y sin su esposa.

¡Horrible tribulación fué la de aquella noche! Todos los esfuerzos de Octavio y de sus criados, que no eran muchos, fueron infructuosos para dominar el incendio que se había apoderado de todo el edificio; y cuando llegó la mañana la quinta no era ya más que un montón de escombros humeantes. Sólo se salvaron las vidas de los habitantes de la granja; pero lo que más angustiaba á Octavio, lo que le sumió en la mayor desesperación, fué la certidumbre de que su amada Hortensia había huido robándole al paso su fortuna, el mágico bolsillo que su padre le había legado.

Desatinado se lanzó al través de los campos, y preguntando acá y allá supo que un pastor había visto en medio de la noche á un hombre y una mujer galopar en un fogoso caballo, y le indicó el camino que habían se-

guido. ¿Cómo perseguirlos? Octavio, sin embargo, luégo que por diferentes indicios y por declaraciones de una criada supo quién era el raptor de Hortensia, y enterado también del camino que habían emprendido los fugitivos, no perdió la esperanza de encontrarlos y juró vengarse. Con la diligencia que le fué posible se presentó en el pueblo más inmediato y buscó quien quisiera comprarle la propiedad rural en donde estaba enclavada su quinta, ya que ésta no era más que un monton de escombros y cenizas. Todo lo que dentro de la casa existía se había quemado; no le quedaba á Octavio más que la ropa con que estaba vestido y los terrenos ántes citados. Algun trabajo le costó el encontrar quien se los comprara, pero por fin halló un codicioso usurero que por ellos le dió la mitad de lo que valían.

Inmediatamente que hubo tomado el dinero, y sin despedirse de nadie, montó á caballo y emprendió á galope el mismo camino que habían seguido los fugitivos, resuelto á no parar hasta dar con ellos, y aunque tuviera que estar viajando un año entero. Llevaba suficiente dinero para un largo viaje, y para hacer cuantas pesquisas fueran necesarias, y esto le daba fuerzas. En el primer pueblo que encontró se detuvo á tomar informes y supo que en efecto hacía dos días que un galán y una hermosa jóven habían pasado por allí montados en un caballo. No se apeó él del suyo y continuó su camino. La noche le sorprendió en medio de un bosque

por donde el caballo caminaba con alguna dificultad entre el espeso ramaje y la mayor oscuridad. De pronto una mano vigorosa sujetó al bruto por el freno y otros dos brazos fuertes oprimieron al jinete.

— ¡Abajo! le dijeron dos voces ásperas y sin aguardar respuesta le derribaron de la silla oprimiéndole fuertemente cuando estuvo en el suelo. Había caído en poder de una partida de ladrones, que sin consideración alguna le robaron hasta el último maravadí, el caballo, los anillos que conservaba como resto de su esplendor y hasta la capa, el sombrero y las botas. Cuando le hubieron despojado de todo, le ataron con fuertes ligaduras al tronco de un árbol y alejándose con los despojos le dejaron allí expuesto á la inclemencia.

Sus lastimerós gritos atrajeron por la mañana á un pastor de cerdos que caritativamente le desató y le dijo que no era él la única víctima de aquellos bandidos, pues ya habían cometido muchas tropelías, y el día anterior habían robado y maltratado á dos jóvenes viajeros que por allí habían pasado, quitándoles también el caballo en que caminaban.

El opulento Octavio, aquel que excitó los envidiosos celos de un Rey, se vió reducido aquel día á satisfacer el hambre que le devoraba con un pedazo de pan duro y negro que la compasión del guardian de puercos le ofreció.

No sabiendo ya qué partido tomar, sumido en la más espantosa miseria, sin pan, sin hogar, hasta sin calzado,

recordó que iba á cumplirse el año que con sus hermanos habia convenido para reunirse con ellos en el antiguo hogar paterno. Resolvió dirigirse allá mendigando el sustento por las aldeas y granjas que encontraba, y emprendió á pié su camino. Flaco, fatigado, con los piés heridos, hambriento y con la ropa desgarrada llegó pocos dias despues á la vista de la quinta donde pasó su infancia, y la saludó con copioso llanto. ¡Cuán diferente á la salida era la vuelta al cabo de un año! Sus antiguos y fieles criados apénas le reconocieron, y con grandes muestras de lástima y sentimiento le abrazaron despues y se esmeraron en proporcionarle vestido, alimento y el descanso que tanto necesitaba. Sus hermanos no habian llegado aún, pero no podian tardar, pues sólo faltaban dos dias para que cumpliera el plazo.

## IV.

## EL PODER DE LA CIENCIA.

Al dia siguiente llegó Antonio á la quinta donde Octavio descansaba de sus fatigas: diferente era el aspecto que traia el honrado trabajador del que presentaba el opulento heredero de Teodosio. Antonio venía robusto, saludable y respirando satisfaccion y alegría: venía á caballo en un bellissimo alazan y le acompañaba una hermosísima jóven, montada en un mulo, la cual, segun luégo declaró, era su esposa, y un criado alegre y servicial, humildemente vestido. No era necesario más que ver á Antonio para adivinar que era completamente feliz. Con manifiestas señales del más tierno afecto abrazó á su hermano Octavio y se mostró sumamente sorprendido al ver la deplorable situacion en que le encontraba.

(Se continuará.)

PEDRO DOMINGO MONTES.



## EL PRIMER PANTALON.

## POEMA INFANTIL.

(Continuacion.)

## ii.

Es la hermana del niño  
Una niña muy buena y muy discreta,  
Que profesa á su hermano gran cariño,  
Y al ver que éste se inquieta,

Se impacienta, se indigna y acalora  
Porque lloviendo está, con mil razones  
Persuadirle desea  
De que ponerse ahora  
Los nuevos y flamantes pantalones  
Es una mala y lamentable idea.

Él no cede en su empeño ;  
 Para él inconveniente es muy pequeño  
 Del tiempo la inclemencia,  
 Y una vez y otra vez mal humorado,  
 Repite su exigencia  
 De salir á la calle engalanado

Con el hermoso pantalon; la niña  
 Le quiere distraer, mas no consigue  
 Que, jugando, se olvide del estreno,  
 Y en lugar de jugar, le mueve riña,  
 Y en su exigencia sigue,  
 Y hace burla á su hermana el muy tunante,



Y le saca la lengua, y hasta creo  
 Que la increpa tambien con algun feo  
 Epiteto procaz y mal sonante.  
 Si ménos le quisiera  
 La hermana bondadosa,  
 No sufriria semejante cosa,  
 Y sin duda le hiciera

Entender que se debe á los mayores  
 Obediencia y respeto,  
 Y que es un mal sujeto  
 El niño que produce sinsabores  
 A la hermana gentil que con cariño  
 Adora y cuida sin cesar al niño.

(Se continuará.)